



*Foro Económico*  
La encrucijada del pensamiento progresista

*Theotonio Dos Santos\**

---

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XIII, Números 38-39, Mayo-Diciembre de 2008

La disolución del bloque monolítico que representó el pensamiento único en las décadas de los 80 y los 90 del siglo pasado, está llegando a su punto crítico. Sin embargo, el cadáver se encuentra insepulto. No está claro aún quienes serán los encargados de enterrarlo. La tarea es mucho más compleja de lo que pueda parecer a la primera vista. Trátase de un fenómeno muy complejo que tiene demasiados lados entrecruzados.

En primer lugar, el triunfo del neoliberalismo en la doctrina económica fue el resultado de la larga onda de descenso económico iniciada en 1966-1967, cuando Estados Unidos buscó mantener su crecimiento económico a través de una nueva ola de gastos militares que se canalizaran hacia la guerra de Vietnam, del Golfo Pérsico y de Afganistán.

---

\* Doctor en Economía por Notorio Saber por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Federal de Minas Gerais, Director de REGGEN, Cátedra y Red de la UNESCO y de la Universidad de las Naciones Unidas sobre «Economía global y Desarrollo sostenible».

Esto ocurrió en un momento en que los gastos públicos saltaban hacia un nuevo nivel, como consecuencia del auge de los gastos con el llamado Estado de Bienestar, en consecuencia de la campaña de Lyndon Johnson por la Gran Sociedad, que pretendía eliminar la pobreza en Estados Unidos.

La tensión generada por los nuevos gastos de guerra chocó con la movilización de contenido social y su ideario. Mientras tanto, el aumento de los gastos públicos continuó presionando a Estados Unidos hacia el aumento de las importaciones, al mismo tiempo que crecían cada vez más los gastos en el exterior. El déficit del balance de pagos se hizo más serio con la llegada del déficit comercial en 1969, para quedar definitivamente en la nueva fase de la vida del imperio norteamericano. Desde esta época hasta nuestros días, este desequilibrio básico de las cuentas externas de Estados Unidos continuó *creciendo*, preparando una nueva era de desequilibrios en la economía mundial.

Es importante comprender que, *en ese momento*, se agotaban mecanismos fundamentales del crecimiento económico que se

desenvolvieron durante los años del ascenso económico iniciado después de la segunda guerra mundial. Estos mecanismos estuvieron asociados al triunfo de las ideas de Keynes en la ciencia económica, que sirvieron de base teórica para una nueva fase del pensamiento liberal, que se liberaba de la noción de equilibrio general como centro de la mecánica económica, y rompía con algunos principios fundamentales del liberalismo como el padrón oro y el equilibrio fiscal.

Asimismo, el auge de las luchas sociales en la posguerra, después de años de graves confrontaciones, iniciadas en 1917 con la revolución rusa, no dejaba espacio para el libre mercado que, según Keynes, no permitía el pleno empleo que se convertía en el objetivo fundamental de las políticas económicas. La caída del crecimiento económico en el nuevo periodo de la economía mundial permitió la vuelta del desempleo. Al mismo tiempo, el aumento de la deuda pública, exacerbado por la aventura militar, ejercía fuertes presiones inflacionarias. La combinación de inflación y caída del crecimiento dio origen al fenómeno de la «stagflación», que desafió la ortodoxia económica de base keynesiana.

Este fue el momento adecuado para la entrada en escena del pensamiento que en América Latina llamamos de neoliberal, y que corresponde de hecho a una visión neoconservadora como lo ven los norteamericanos y europeos. La implantación del neoliberalismo empieza por la entrega de la política económica del gobierno fascista del general Augusto Pinochet a los llamados «Chicago boys».

Era en la Universidad de Chicago donde

se había recogido el desmoralizado grupo de pensadores ultraliberales, que se reunían desde 1945 en los encuentros anuales de Mont Pellerin. Entre ellos destaca el monetarista radical Milton Friedman, que proponía una política antiinflacionaria de base monetarista, que siempre contó con buena disposición del Fondo Monetario Internacional.

No debe causar espanto este vínculo del ultraliberalismo con el fascismo. Todos los jefes fascistas importantes se consolidaron en el poder a través de políticas de estabilización monetaria, seguidas de periodos significativos de crecimiento económico moderado o simple estagnación de la renta nacional.

Un ejemplo significativo de esta ligazón entre el ultraliberalismo y el fascismo, se encuentra en el artículo de Gustavo Franco al presentar el libro del ministro de las finanzas de Hitler, Hjalmar Schacht, *Setenta y seis años de mi vida*, editado en portugués por Editora 34. Bajo el subtítulo de «La autobiografía del mago de la economía alemana de la República de Weimar al III Reich», encontramos una presentación general del libro hecha por el representante de Brasil en el Consejo del Fondo Monetario Internacional, Alexandre Kafta; una presentación política por Bolívar Lamounier y, finalmente, la presentación económica por aquél que se considera el verdadero autor del plan real y que fue el presidente del Banco Central en buena parte del gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

Aprendemos con el «teórico» del plan real que «las ideas de Schacht eran buenas, pero estaban al delante de su tiempo». Y sabemos también que su libro es «una suce-

sión de clases ministradas por un maestro en un teatro que cubre los principales eventos del siglo XX.» Como se ve, el plan real de Brasil también tiene sus deudas con el pensamiento económico parafascista.

No es pues absurda la constatación de Joseph E. Stiglitz en lo referente al Fondo Monetario Internacional. En su libro *Globalization and its Discontents*, afirma:

La extensión de las condiciones significa que los países que aceptan las ayudas del Fondo tienen que ceder una gran parte de su soberanía económica. Algunas de las objeciones a los programas del FMI son basadas en esto y el consecuente daño a la democracia: en otros casos se basan en el hecho de que las condiciones exigidas no logran (o no buscan) restaurar la salud económica.

Esta relación entre el pensamiento único, el ultraneoliberalismo y el totalitarismo no son algo nuevo, como vimos, pero ha sido puesta en segundo plano en los últimos años. No debemos olvidar la relación estrecha entre el gobierno de Nixon y el golpe de estado en Chile, en 1973; lo mismo podemos afirmar del periodo Reagan o de las relaciones tan estrechas entre la señora Thatcher y Pinochet. En realidad fueron los gobiernos de Reagan, Thatcher y Kohl que asumieron oficialmente la perspectiva neoliberal en toda su extensión. Ellos se realizaron en el periodo más difícil de la crisis de largo plazo, iniciada en 1967, endurecida en 1973-1975, retornada en 1978-1981, combatida en nombre del neoliberalismo entre 1983 y 1987, con algunos resultados generales luego comprometidos en la crisis de octubre de 1987, que inicia la decadencia del pensamiento único en Estados Unidos,

con el gobierno Clinton, luego llegando en parte a Europa con la onda rosa de las victorias socialdemócratas y socialistas, pero siempre muy fuerte en América Latina y en las zonas excoloniales.

Si vinculamos el ascenso del pensamiento único al fascismo y otras formas de autoritarismo, como la tecnocracia internacional y los gobiernos conservadores, podemos también vincularlo con una tendencia del pensamiento filosófico hacia un formalismo que tendió a ser hegemónico en las décadas de los 80 y 90. El estructuralismo filosófico abrió camino hacia este desprecio de la historia que se consolidó en la fuerza de las propuestas posmodernas.

Fue típico de esta fase el intento de valorar los periodos históricos pre-revolucionarios y de descalificar los periodos revolucionarios. Es así como se desarrolla una interpretación extremadamente conservadora de la revolución francesa en la conmemoración de sus 200 años; se busca desmoralizar totalmente la revolución rusa; y en el sexenio de Salinas en México busca descalificar la revolución mexicana y valorizar el periodo del dictador Porfirio Díaz.

En el plano de la teoría del conocimiento, se debe resaltar también la hegemonía de las tendencias neokantianas en las Ciencias Sociales que habían ganado ya mucha fuerza en los años 50. Entre sus exponentes principales está Karl Popper, que frecuentó las reuniones de Mont Pellerin desde el comienzo. Con el fortalecimiento del estructuralismo estas tendencias se hicieron definitivamente dominantes tendiendo a presentarse como la única forma de conocimiento científico.

De este análisis muy general se puede sacar la conclusión de que el fenómeno del pensamiento único estuvo ubicado en el contexto de un proceso múltiple y complejo. En el plan económico, éste responde a las dificultades sociales generadas por un largo periodo de recesiones o recesos del crecimiento, con el aumento de las tasas de desempleo y el debilitamiento de las condiciones de lucha de los trabajadores en general.

Asimismo, en el plano económico hay un quiebre de las actividades de planeamiento y una hegemonía creciente del sector financiero que pasa a fortalecerse frente a las dificultades de inversiones directas con altas tasas de ganancia.

Las cuentas públicas se ven afectadas por el crecimiento del déficit fiscal, agravado dramáticamente por el aumento de las tasas de intereses que se convierten en uno de los principales rubros de los gastos públicos. Con la recesión aumenta también la población desempleada, cae la fuerza de los sindicatos y aumentan los gastos del Estado con la asistencia a los trabajadores desempleados y otros gastos sociales.

Todos estos fenómenos fortalecen las fuerzas conservadoras y, en algunos casos, hasta las tendencias reaccionarias que pretenden empujar la historia para atrás. Es una condición para el pleno desarrollo de estas tendencias el abandono de la historia como una referencia evolutiva de la huma-

nidad. Como no hay acumulación en la coyuntura de la economía, estímate también que no hay acumulación en todas las dimensiones de la historia.

Cuando se recupera la historia es para asumir su fin, como lo hizo con extremo éxito Fukuyama en 1989, con su célebre artículo, luego convertido en libro con un enorme aparato publicitario.

Como se ve, en el plano político, la aventura neoliberal tuvo también su refuerzo en la ascensión al poder de los partidos conservadores y su proyección sobre la agenda política de los años 80 y 90.

Resta por mencionar el vínculo estrecho de estos cambios generales con el manejo de los aparatos ideológicos. Las ideologías se volcaron hacia los medios de comunicación y transformaron estas ideas en fuerzas materiales indiscutibles. Esto contribuye a producir un terror ideológico muy evidente, que impide hasta nuestros días la superación de estas concepciones arcaicas en la vida contemporánea.

Estamos, por lo tanto, en el comienzo de un gran desmoronamiento de este vasto complejo que representa la hegemonía del neoliberalismo, y necesitamos armar urgentemente una respuesta articulada a este gran embuste, en el plano filosófico, económico y político. Sólo así podremos iluminar la encrucijada en que nos encontramos.